

CAPITULO XXIII

Consecuencias del 9 termidor.—Modificaciones que se hicieron en el gobierno revolucionario.—Reorganización del personal de los comités.—Revocación de la ley del 22 pradiar.—Decretos de arresto contra Fouquier-Tinville, Lebón, Rossignol y otros agentes de la dictadura.—Suspensión del tribunal revolucionario.—Liberación de los sospechosos.—Formación de dos partidos, los Montañeses y los Termidorianos.—Reorganización de los comités de gobierno.—Modificación de los comités revolucionarios.—Estado de la hacienda, del comercio y de la agricultura después del terror.—Acusación contra los individuos de los antiguos comités, declarada calumniosa por la Convención.—Explosión del polvorín de Grenelle.—Exasperación de los partidos.—Informe presentado á la Convención sobre la situación de Francia.—Numerosos é importantes decretos sobre todos los ramos de la administración.—Los restos de Marat son conducidos al Panteón y colocados en lugar de los de Mirabeau.

Varios días pasaron sin que disminuyese la alegría que produjeron los acontecimientos de los días 9 y 10 termidor. El regocijo era general: muchas personas que habían abandonado sus provincias para ocultarse en París tomaban á porfía los coches públicos para ir á participar á sus familias la noticia de la común libertad. Deteníanlas á cada paso en los caminos para que refriesen los detalles; y al saber tan importantes sucesos, unos volvían á los hogares abandonados hacia mucho tiempo, mientras que los otros, ocultos hasta entonces en escondites subterráneos, osaban dejarse ver. Los detenidos que llenaban las numerosas prisiones de Francia tenían ya esperanza de recobrar la libertad, ó por lo menos dejaban de temer el cadalso.

No se explicaba bien aún la naturaleza de la revolución que acababa de efectuarse; preguntábase hasta qué punto estarían dispuestos los individuos del comité de salvación pública que habían sobrevivido á persistir en el sistema revolucionario, y hasta qué punto se hallaba dispuesta la Convención á entrar en sus miras. No se veía ni comprendía sino una cosa: la muerte de Robespierre. Él había sido el jefe del gobierno; á él se imputaban los encarcelamientos, las ejecuciones, todos los actos en fin de la última tiranía; muerto Robespierre, era de esperar que todo cambiase, presentando una nueva faz.

Después de un gran acontecimiento, la espectación pública se convierte en una necesidad que es preciso satisfacer á toda costa. Pasados dos días, que se consagraron á recibir las felicitaciones, á escuchar los manifestos en que cada cual repetía: *¡Catilina no existe; la república se ha salvado!*, y á recompensar los actos de valor, votando la erección de monumentos para inmortalizar el gran día 9, ocupóse al fin la Convención de las medidas que reclamaba su estado.

Las comisiones particulares instituidas para entresacar los presos, el tribunal revolucionario compuesto por Robespierre y el de Fouquier-Tinville, desempeñaban aún sus funciones y sólo necesitaban una palabra de estímulo para continuar sus terribles actos. En la misma sesión del 11 termidor (29 julio) se pidió y decretó la depuración de las comisiones populares. Elías Lacoste llamó la atención sobre el tribunal revolucionario, proponiendo que se suspendiera hasta su reorganiza-

ción con arreglo á otros principios y otros hombres. La proposición de Elías Lacoste fué adoptada; y para no retardar el juicio de los cómplices de Robespierre, convino en nombrar acto continuo una comisión interina que reemplazase al tribunal revolucionario. En la sesión de la tarde, Barrere, que continuaba en sus funciones de relator, presentóse para anunciar una nueva victoria, la entrada de los franceses en Lieja, y habló después á la Asamblea acerca del estado de los comités, que habían sido alterados varias veces, quedando reducidos al fin, por el cadalso ó las comisiones, á un corto número de individuos.

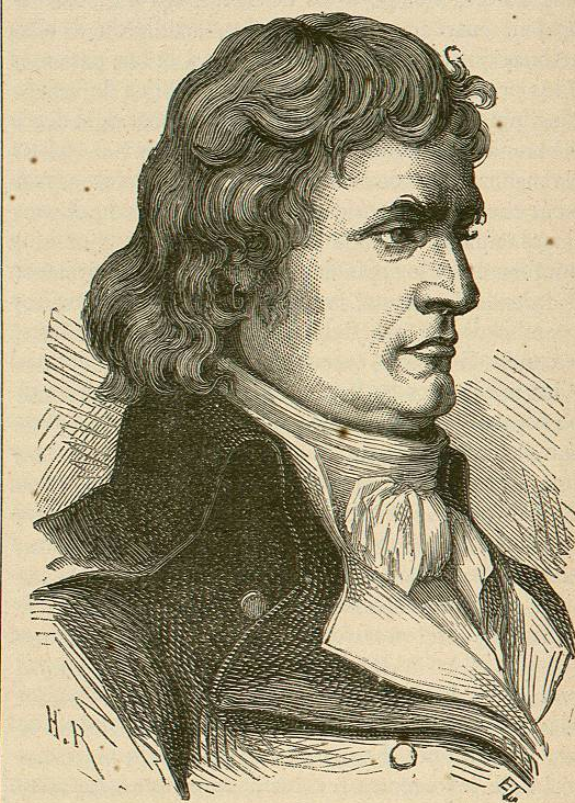
Robespierre, Saint-Just y Couthón habían perecido la víspera; Herault-Sechelles murió con Dantón; Juan Bon Saint-André y Prieur de la Marne estaban en comisión; sólo quedaba Carnot, ocupado exclusivamente de la guerra; Prieur de la Cote-d'Or, encargado del armamento y municiones; Roberto Lindet, de los abastecimientos y del comercio; Billaud-Varennes y Collot d'Herbois, de la correspondencia con los cuerpos administrativos; y por último, Barrere, que hacía los informes. De doce no quedaban, pues, sino seis. El comité de seguridad general estaba más completo y podía desempeñar bien sus funciones. Barrere proponía reemplazar los tres individuos muertos la víspera en el cadalso por otros tres nuevos, hasta que se hiciera la renovación general de los comités, fijada para el 20 de cada mes y que dejó de efectuarse desde que se había consentido tácitamente en la dictadura. Esto era abordar grandes cuestiones: ¿se había de expulsar á todos los hombres que formaran parte del último gobierno? ¿Se iría á cambiar, no solamente las personas, sino las cosas, modificar la forma de los comités, adoptar precauciones contra una excesiva influencia, limitar sus atribuciones, y efectuar, en fin, una revolución completa en la administración? Tales eran las cuestiones que surgían de la proposición, de Barrere. Por lo pronto, pronunciáronse contra la manera de proceder, tan expeditiva y dictatorial, consistente en proponer y nombrar los individuos de los comités en la misma sección. Pidióse la impresión de la lista y el aplazamiento para las elecciones; y Dubois-Crancé exigió más aún, quejándose de la prolongada ausencia de los individuos de los comités. Si se hubiera reemplazado á Herault-

Sechelles, dijo, y no se hubiese dejado siempre en comisión á Prieur de la Marne y Juan Bon Saint-André, se habría tenido más seguridad en obtener una mayoría, sin vacilar tan largo tiempo en el ataque contra los triunviros. Sostuvo después que los hombres se fatigaban en el poder, contrayendo inclinaciones peligrosas; y en su consecuencia, propuso decretar que en lo sucesivo no podría salir en comisión ningún individuo de los comités, y que se renovara una cuarta parte de éstos todos los meses. Cambón, adelantando más el debate, dijo que era necesario reorganizar el gobierno por completo. El comité de salvación pública, según él, se había apoderado de todo, resultando de aquí que sus individuos, aún trabajando día y noche, no podían acabar con su tarea; mientras que los comités de hacienda, de legislación y de seguridad general se hallaban reducidos á una nulidad completa. Por lo tanto, se debía hacer una nueva distribución de los poderes, á fin de evitar que el comité de salvación pública estuviera agobiado y no tuvieran los otros nada que hacer.

Promovido así el debate, fbase á reformar todas las partes del gobierno revolucionario. Bourdón de l'Oise, cuya oposición al sistema de Robespierre era bien conocida, puesto que él debía de ser una de sus víctimas, contuvo aquel impulso inconsiderado. Dijo que se había tenido hasta entonces un gobierno hábil y vigoroso, al que se debía la salvación de Francia é inmortales victorias; que debía temerse cambiar su organización con mano imprudente; que acababan de despertarse todas las esperanzas de los aristócratas, y que, preservándose de una nueva tiranía, era preciso modificar con ciertas consideraciones una institución á la que se debían tan grandes resultados. Sin embargo, Tallián, el héroe del 9, quería que se abordasen al menos ciertas cuestiones y no veía ningún peligro en resolverlas en el acto. ¿Por qué, por ejemplo, no decretar al punto que se renovarían todos los meses la cuarta parte de los comités. Esta proposición de Dubois-Crancé, reproducida por Tallián, fué adoptada con entusiasmo á los gritos de *viva la república!*, y á esta medida quiso el diputado Delmás agregar otra. «Acabáis de secar la corriente de la ambición, dijo; para completar vuestra decreto pido que resolváis que ningún individuo podrá ingresar en ningún comité hasta haber transcurrido un mes desde su salida.» La proposición de Delmás, acogida como la anterior, fué adoptada al punto. Admitidos estos principios, acordóse que una comisión presentara un nuevo plan para organizar los comités de gobierno.

Al día siguiente eligiéronse seis individuos para reemplazar en el comité de salvación pública á los muertos ó ausentes. Esta vez no fué confirmada la presentación hecha por Barrere: nombróse á Tallián á fin de recompensar su valor; á Breard, Thuriot y Treilhard, individuos del primer comité de salvación pública, y á los dos diputados Laloi y Eschasseriaux el mayor, este último muy versado en materias de hacienda y economía política. El comité de seguridad general sufrió también varios cambios: clamábase en todas partes contra David, á quien se suponía afecto á Robespierre, y contra Jagot y Lavicomterie, acusados de ser terribles inquisidores; muchos pidieron su reemplazo, y se acordó. Designóse para substituirles, y para completar el comité de seguridad general, á varios de los atletas que se distinguieron

en la jornada del 9, Legendre, Merlin de Thionville, Goupilleau de Fontenay, Andrés Dumont, Juan Debry y Bernardo de Saintés. Revocóse después por unanimidad la ley de 22 pradiar; y habiéndose pronunciado todos con indignación contra el decreto que permitía encarcelar á un individuo sin ser oído previamente por la Convención, decreto funesto que condujo á la muerte á ilustres víctimas, recordadas por todos, Dantón, Camilo Desmoullins, Herault-Sechelles, etc., anulóse dicho decreto. Mas no bastaba cambiar las cosas; había hombres á quienes no podía perdonar el resentimiento público.



Juan Bon Saint-André

«Todo París, exclamó Legendre, os pide el suplicio de Fouquier-Tinville, justamente merecido.» Aprobóse la demanda, y se decretó la acusación contra Fouquier. «¡No es ya posible sentarse junto á Lebón!», gritó una voz. Al oír estas palabras, fijáronse todas las miradas en el procónsul que había ensangrentado la ciudad de Arrás, y cuyos excesos provocaron reclamaciones, aun cuando dominaba Robespierre. Ordenóse al punto el arresto de Lebón, así como también el de David, contra el que no se había tomado al principio más medida que la de excluirle del comité de seguridad general. Procedióse del mismo modo contra Herón, jefe de los agentes de la policía organizada por Robespierre; contra el general Rossignol, bien conocido ya, y contra Hermann, presidente del tribunal revolucionario antes de Dumás, que por las atenciones de Robespierre había llegado á ser jefe de la comisión de los tribunales.

Así, pues, el tribunal revolucionario quedaba suspendido, la ley del 22 pradiar anulada, los comités de salvación pública y de seguridad general reformados en parte y los principales agentes de la reciente dictadura arrestados ó perseguidos. Pronunciábase el carácter de

la última revolución; habíase comunicado el impulso á las esperanzas y reclamaciones de toda especie; y los detenidos que llenaban las prisiones, así como sus familias, decíanse con alegría que iban á disfrutar de los resultados de la jornada del 9. Antes de este momento feliz los parientes de los sospechosos no osaban ya reclamar, ni hacer valer las razones más legítimas, por temor de llamar la atención de Fouquier-Tinville, ó de ser encarcelados por solicitar en favor de los aristócratas. El tiempo de los terrores había pasado, y comenzaron á reunirse de nuevo en las secciones; abandonadas éstas en otro tiempo á los descamisados á quienes se pagaban cuarenta sueldos diarios, acudieron á ellas personas que acababan de reaparecer á la luz, parientes de los prisioneros, padres, hermanos ó hijos de las víctimas inmoladas por el tribunal revolucionario; el deseo de librar á sus allegados animaba á los unos y el espíritu de venganza á los otros. Estas demandas fueron remitidas al comité de seguridad general, encargado de examinar la aplicación de la ley de sospechosos; y aunque figuraban en él los más de los individuos que firmaron las órdenes de arresto, la fuerza de las circunstancias y el cambio de personal debían contribuir á que se tuviese clemencia. En efecto, comenzóse por ordenar la libertad de los prisioneros en tropel. Algunos individuos de dicho comité, tales como Legendre, Merlin y otros, recorrían las cárceles para escuchar las reclamaciones, y promovieron la alegría por su presencia y sus palabras; mientras que los demás, reunidos día y noche, recibían las solicitudes de los parientes, que se apresuraban á pedir la libertad de sus allegados. El comité debía examinar si los supuestos sospechosos habían sido encerrados fundándose en la ley de 17 de septiembre y si se especificaba así en las órdenes de prisión. Esto era volver á la ley de 17 de septiembre, aunque mejor ejecutada; pero era ya lo suficiente para desocupar casi del todo las prisiones. En efecto, tal había sido la precipitación de los agentes revolucionarios, que arrestaban con frecuencia sin anunciar los motivos y sin comunicar nada á los que detenían. Dióse libertad del mismo modo que se habían aprisionado, es decir, en tropel; y la alegría, menos ruidosa, fué entonces más verdadera, difundiendo entre las familias que recobraban un padre, un hermano ó un hijo que creían destinado al cadalso. Vióse entonces salir á muchos hombres que por su tibieza ó por sus relaciones habían llegado á ser sospechosos para una autoridad recelosa, y aquellos cuyo patriotismo, aunque probado, no pudo perdonar á la oposición. El joven general que reuniendo en una sola vertiente de los Vosgos los dos ejércitos del Mosela y del Rhin hizo levantar el sitio de Landau, merced á un movimiento digno de los más grandes capitanes, Hoche, en fin, encerrado por su resistencia al comité de salvación pública, fué puesto en libertad y devuelto á su familia y á los ejércitos, á los que debía conducir aún á la victoria. Kilmaine, que salvó el ejército del Norte al levantar el campamento de César en agosto de 1793, y á quien se encarceló por aquella magnífica retirada, recobró también la libertad. La joven y hermosa mujer que tanto imperio adquirió sobre Tallián, y que desde el fondo de su prisión no cesó de estimular su valor, fué libertada por él mismo y llegó á ser su esposa. El número de individuos libertados se multiplicaba diaria-

mente, sin que por eso disminuyesen las solicitudes de que se veía agobiado el comité. «La victoria, dijo Barrere, acaba de señalar una época en que la patria puede ser indulgente sin peligro, considerando que algún tiempo de detención ha borrado las faltas de incivismo. Los comités no cesan de decretar las libertades pedidas, reparando los errores ó injusticias particulares. Muy pronto desaparecerán del suelo de la república los vestigios de las venganzas; pero la afluencia de las personas de todos sexos á las puertas del comité de seguridad general no hace más que retardar los trabajos tan útiles á los ciudadanos. Nosotros hacemos justicia á los impulsos tan naturales de la impaciencia de las familias; pero ¿por qué retardar con solicitudes injuriosas para los legisladores y reuniones demasiado numerosas la rápida marcha que la justicia nacional debe seguir en esta época?»

En efecto, las solicitudes de toda especie asediaban al comité de seguridad general. Las mujeres, sobre todo, usaban de su influencia para obtener la libertad hasta de enemigos reconocidos de la revolución. Más de una vez fué engañado el comité: los duques de Aumont y de Valentinois recobraron la libertad con nombres supuestos, y otros muchos huyeron valiéndose del mismo subterfugio. Poco mal había en esto, pues como dijo Barrere, la victoria señalaba la época en que la república podía ser indulgente; pero el rumor de que se ponía en libertad á muchos aristócratas podía despertar de nuevo la desconfianza revolucionaria, interrumpiendo la especie de unanimidad con que se acogían las medidas de dulzura y de paz.

En las secciones comenzó á reinar la agitación y después el tumulto. No era posible, en efecto, que los parientes de los detenidos ó de las víctimas, que los sospechosos puestos en libertad recientemente, que todos aquellos, en fin, que recobraban el derecho de hablar, se limitasen á exigir la reparación de antiguos rigores sin pedir venganza. Casi todos estaban furiosos contra los comités revolucionarios, quejándose de ellos altamente; querían reorganizarlos, y hasta abolirlos; y estas discusiones produjeron algunos disturbios en París. La sección de Montreuil fué á denunciar los actos arbitrarios de su comité revolucionario; la del Panteón Francés declaró que su comité había perdido su confianza, y la del Contrato Social, adoptando con el suyo severas medidas, nombró una comisión para examinar sus registros.

Esta era una reacción natural de la clase moderada, largo tiempo reducida al silencio y al terror por los inquisidores de los comités revolucionarios; pero aquellos movimientos no podían menos de llamar la atención de los montañeses.

Aquella terrible Montaña no había perecido con Robespierre; le sobrevivía; y algunos de sus individuos, convencidos de la probidad, de la lealtad de las instituciones de Robespierre, no creían que hubiera tratado de usurpar. Considerábanle como la víctima de los amigos de Dantón y del partido pervertido, cuyos restos no consiguió destruir; pero eran los menos los que pensaban de este modo. Los más de los montañeses, republicanos sinceros y exaltados, viendo con horror todo proyecto de usurpación, habían contribuido al 9 termidor, menos aún para desterrar un régimen sanguinario

que para derribar á un Cromwell naciente. Sin duda creían inicu la justicia revolucionaria tal como la habían establecido Robespierre, Saint-Just, Couthón, Fouquier y Dumás; pero no trataban de disminuir en nada la energía del gobierno, ni querían dar cuartel á los que titulaban aristócratas. Los más eran hombres puros y rígidos, extraños á la dictadura y á sus actos, y de ningún modo interesados en sostenerla; pero también revolucionarios recelosos, que no querían que el 9 termidor se cambiase en una reacción, recayendo en beneficio de un partido. Entre aquellos de sus colegas que se habían coligado para derribar la dictadura, veían con desconfianza hombres que pasaban por bribones, dilapidadores, amigos de Chabot, de Fabre d'Eglantine é individuos, en fin, del partido cuncusionario, agiotista y corrompido. Habíanles secundado contra Robespierre; pero hallábase dispuestos á combatirlos si veían debilitarse su energía revolucionaria, ó utilizar los últimos acontecimientos en beneficio de una facción cualquiera. Habíase acusado á Dantón de corrupción, de federalismo, de orleanismo, de realismo, y no era extraño que se elevasen contra sus amigos victoriosos sospechas del mismo género. Por lo demás, no se había dirigido aún ningún ataque; pero las muchas personas puestas en libertad, y la sublevación general contra el sistema revolucionario comenzaba á despertar inquietudes.

Los verdaderos autores del 9 termidor, en número de quince ó veinte, entre los que se contaban como principales Legendre, Fréron, Tallián, Merlin de Thionville, Barras, Thuriot, Bourdón de l'Oise, Dubois Crancé y Lecointre de Versailles, no querían tampoco inclinarse al realismo y á la contrarrevolución, pero excitados por la lucha y el peligro pronunciábanse más contra las leyes revolucionarias. Por otra parte, tenían en mucho mayor grado esa propensión á dulcificarse que había perdido á sus amigos Dantón y Desmoulins. Rodeados, aplaudidos y solicitados, inclinábanse más que sus colegas de la Montaña al sistema de clemencia, y hasta era posible que varios de ellos hiciesen algunos sacrificios á su nueva posición. Dispensar favores á familias aflagadas, recibir testimonios del más vivo agradecimiento y hacer olvidar antiguos rigores, era una misión que debía tentarles. Los que desconfiaban de su complacencia, así como los que esperaban de ella, les daban ya un nombre particular: llamábanles *Termidorianos*.

Suscitábanse á menudo las más reñidas polémicas con motivo de las órdenes para dar libertad. Así, por ejemplo, la recomendación de un diputado que decía conocer á un individuo de su departamento, bastaba para que el comité firmase la orden, y al punto se presentaba otro diputado de la misma provincia para quejarse de la salida del preso, pretendiendo que se había dejado marchar á un aristócrata. Estas contestaciones, y la presencia de muchos enemigos conocidos de la revolución, que se dejaban ver radiantes de alegría, provocaron una medida, adoptada sin que al principio se le diese gran importancia. Decidióse imprimir la lista de todos los individuos puestos en libertad por orden del comité de seguridad general, poniendo junto al nombre de cada uno el de las personas que hubieran reclamado en su favor, respondiendo de sus principios.

Esta medida produjo un efecto sumamente enojoso.

Víctimas de la reciente presión, muchos ciudadanos se atemorizaron al ver sus nombres inscritos en una lista que podría servir para ejercer nuevos rigores si alguna vez volvía á restablecerse el régimen del terror. Muchos de los que habían reclamado ya y obtenido la libertad de varias personas se arrepintieron y abstuvieronse no pocos de pedir más. En las secciones se quejaban amargamente también de aquellas medidas que interrumpían la confianza y alegrías públicas, y se pidió la revocación.

El 26 termidor se trataba en la Asamblea de la agitación que reinaba en las secciones de París. La de Montreuil había ido á denunciar á su comité revolucionario, y se le contestó que era preciso dirigirse al de seguridad general. Duhem, diputado por Lila, extraño á los actos de la última dictadura, pero amigo de Billaud, conforme con todas sus opiniones, y convencido de que la autoridad revolucionaria no debía disminuir su vigor, se pronunció vivamente contra la aristocracia y el moderantismo, diciendo que levantaban ya sus audaces cabezas, imaginándose que el 9 termidor se había hecho en beneficio suyo. Baudot y Taillefer, que habían mostrado una valerosa oposición bajo el régimen de Robespierre, pero que eran montañeses tan pronunciados como Duhem, y Vadier, individuo famoso del antiguo comité de seguridad general, sostuvieron también que la aristocracia se agitaba, y que era preciso que el gobierno fuese justo, pero inflexible. Granet, de Marsella, que figuraba en la Montaña, hizo una proposición que aumentó la agitación de la Asamblea, pidiendo que los detenidos puestos ya en libertad, cuyos fiadores no se presentaron á dar su nombre, fueran encarcelados de nuevo en el acto. Esta proposición produjo un gran tumulto: Bourdón, Lecointre y Merlin de Thionville la combatieron con todas sus fuerzas; el debate, como sucede siempre en tales casos, se extendió desde las listas á la situación política, y hubo vivos ataques respecto á las intenciones que se suponían de una parte y otra. «Ya es tiempo, exclamó Merlin de Thionville, de que todas las facciones renuncien á servirse de las gradas del trono de Robespierre. No se debe hacer nada á medias, y preciso es confesar que desde el 9 termidor ha hecho la Convención muchas cosas así. Si ha dejado aquí algunos despotas, deberían por lo menos callarse.» Numerosos aplausos acogen estas palabras de Merlin, dirigidas sobre todo á Vadier, uno de aquellos que habían hablado contra los movimientos de las secciones. Legendre toma la palabra después de Merlin: «El comité, dice, ha reconocido ya que se le ha engañado para obtener la libertad de algunos aristócratas; pero el número no es grande, y pronto se les encarcelará de nuevo. ¿Por qué acusarnos unos á otros? ¿Por qué mirarnos como enemigos cuando nuestras intenciones nos relacionan? Calmemos nuestras pasiones si queremos asegurar y acelerar el triunfo de la revolución. Ciudadanos, yo os pido la revocación de la ley del 23, que ordena la impresión de las listas de las personas puestas en libertad; esta ley ha disipado la alegría pública helando todos los corazones.» Tallián sucede á Legendre, y escúchanle con la mayor atención, por ser el principal de los termidorianos. «Desde hace algunos días, dice, todos los buenos ciudadanos ven con dolor que se trata de dividirlos, reanimando

los odios que debían haberse sepultado en la tumba de Robespierre. Al entrar aquí se me ha entregado una carta en que se me anuncia que varios individuos debían ser atacados en esta sesión. Sin duda serán enemigos de la república los que hacen circular estos rumores; guardémonos de secundarlos con nuestra división.» Los aplausos interrumpen á Tallián, que prosigue de este modo: «Continuadores de Robespierre, no esperéis el triunfo! La Convención está resuelta á perecer antes que tolerar una nueva tiranía. La Convención quiere un gobierno inflexible, pero justo. Puede ser que algunos patriotas hayan sido engañados acerca de ciertos detenidos; no creemos en la infalibilidad de los hombres; pero denúnciese á los individuos que no debieron obtener la libertad, y se les encarcelará de nuevo. En cuanto á mí, confieso sinceramente que prefiero ver hoy libres á veinte aristócratas que á un solo patriota en la cárcel. ¡Cómo! ¡Habrá de temer la república con un millón y doscientos mil ciudadanos armados á unos cuantos aristócratas! No; es demasiado grande, y sabrá descubrir por doquiera y herir á sus enemigos.»

Tallián, con frecuencia interrumpido por los aplausos, recibe otros más ruidosos al terminar su discurso. Después de estas explicaciones generales, se vuelve á tratar de la ley del 23 y de la nueva disposición que Granet quería agregar. Los partidarios de la ley sostienen que no se debe temer darse á conocer en un acto patriótico tal como el de reclamar un ciudadano injustamente detenido. Sus adversarios contestan que nada es tan peligroso como las listas; que las de los veinte mil y las de los ocho mil han sido motivo de una continua perturbación; que todos aquellos inscritos en ellas han vivido atemorizados, y que aunque no fuese de temer ninguna tiranía, los individuos apuntados en las nuevas listas no tendrían ya reposo alguno. Por fin se transige. Bourdón propone imprimir los nombres de los presos puestos en libertad, sin añadir la de sus fiadores que la hayan solicitado. Apruébase la proposición, y resuélvese inscribir sólo los nombres de las personas libertadas. Tallián, que no estaba satisfecho de este medio, vuelve á subir á la tribuna. «Puesto que habéis decretado, dice, imprimir la lista de los ciudadanos puestos en libertad, no podéis rehusar que se publique la de aquellos que dispusieron el encarcelamiento. Justo es también que se conozca á los que denunciaban, mandando encerrar á los buenos patriotas.» Suspendida la Asamblea por la demanda de Tallián, juzga al pronto que la proposición es justa y la decreta al punto; mas apenas acordada, varios individuos de la Asamblea recapacitan y se comienza á decir: He ahí una lista que será opuesta á la anterior; ¡es la guerra civil! Muy pronto se repiten estas palabras en la sala, y varias voces gritan: ¡es la guerra civil! «Sí, replica Tallián subiendo de nuevo á la tribuna, yo también lo creo así. Vuestros dos decretos pondrán en presencia unos de otros dos especies de hombres que no podrán perdonarse; mas al proponeros el segundo decreto, he querido haceros comprender el inconveniente del primero, y ahora os propongo la revocación de los dos. — ¡Sí, sí!, gritan por todas partes, la revocación de ambos decretos.» El mismo Amar lo pide así, y se anulan aquéllos. Gracias á esta hábil y atrevida sorpresa de Tallián, aléjase toda idea de imprimir las listas.

Esta sesión devolvió la seguridad á muchas personas que comenzaban á perderla; pero probó que no todas las pasiones se habían extinguido, que no todas las luchas habían terminado. Los partidos fueron todos heridos á su vez, perdiendo sus jefes más ilustres: los realistas, en varias épocas; los girondinos, el 31 de mayo; los dantonistas, en germinal; los montañeses exaltados, el 9 termidor; pero si sus más ilustres jefes habían muerto, sobrevivían sus partidos, porque éstos no sucumben á un solo golpe y sus restos se agitan mucho tiempo después. Estos partidos iban á disputarse aún sucesivamente la dirección de la revolución, volviendo á emprender una carrera sangrienta y laboriosa. En efecto, era preciso que los ánimos, llegando por la excitación del peligro al último grado de arrebató, volviessen progresivamente al punto de partida; entretanto, el poder iba á pasar de mano en mano, y se debían ver las mismas luchas de pasiones, de sistemas y de autoridad.

Después de cumplir con las primeras atenciones para reparar muchas injusticias, la Convención pensó en organizar los comités y el gobierno provisional que, como ya sabemos, debía regir la Francia hasta la celebración de la paz. Según acabamos de ver, había surgido un primer debate acerca del comité de salvación pública, sometiéndose el asunto á una comisión encargada de presentar un nuevo plan. Era urgente ocuparse de ello, y esto es lo que hizo la Asamblea en los primeros días de fructidor (agosto). Hallábase entre dos sistemas y dos escollos opuestos: el temor de debilitar la autoridad encargada de salvar la revolución, y el de continuar la tiranía. Es condición de los hombres temer los peligros cuando han pasado, y adoptar precauciones contra los que no pueden ya existir. La tiranía del último comité de salvación pública había nacido de la necesidad de llenar una misión extraordinaria en medio de obstáculos de todo género: algunos hombres se presentaron para hacer lo que una Asamblea no podía ni sabía ni osaba hacer por sí misma; y en medio de sus inauditos trabajos durante quince meses, no pudieron motivar sus operaciones ni dar cuenta á la Asamblea sino de una manera muy general; ni aun tenían tiempo para deliberar entre sí, y cada cual desempeñaba como dueño absoluto la parte que se le había confiado. Así llegaron á ser dictadores forzosos, que las circunstancias, más bien que la ambición, hicieron omnipotentes. Concluída ya casi la tarea, y pasados los grandes peligros, no podía ya formarse semejante autoridad por falta de ocasión; era pueril prevenirse tanto contra un peligro impotente ya; y hasta había en esta prudencia un inconveniente grave, el de enervar la autoridad, privándola de toda energía. Habíanse alistado, alimentado y armado un millón doscientos mil hombres para conducirlos á las fronteras; pera era necesario proveer á su conservación y dirección, y este era un cuidado que exigía gran celo, una rara capacidad y amplios poderes.

Ya se había decretado el principio de renovación en los comités en su cuarta parte todos los meses, resolviéndose además que los individuos salientes no pudieran ingresar de nuevo antes de un mes. Estas dos condiciones, impidiendo una nueva dictadura, oponíanse también á toda buena administración, pues era imposible que hubiese ninguna continuación, ninguna aplicación constante ni decreto en aquel ministerio renovado

de continuo. Con tal organización, apenas un individuo estuviere al corriente de los negocios, debía abandonarlos; y si se manifestaba una capacidad, como la de Carnot para la guerra, Prieur de la Côte-d'Or y Roberto Lindet para la administración, y Cambón para hacienda, privábase de ella al Estado al concluir dicho plazo, pues la ausencia sólo de un mes, exigida por la ley, hacía casi nulas las ventajas de una reelección ulterior.

Mas era preciso sufrir la reacción: á una concentración extremada del poder debía sucederse una diseminación extremada también y hasta peligrosa por otro estilo. El antiguo comité de salvación pública, encargado soberanamente de cuanto interesaba á la salvación del Estado, tenía derecho para llamar á sí á los demás comités, á fin de pedirles cuenta de sus operaciones; y habíase apoderado de este modo de todo cuanto era esencial en la obra de cada uno de ellos.

Para impedir en lo futuro tal intervención, la nueva organización separó las atribuciones de los comités, declarándolos independientes unos de otros, y estableció diez y seis.

- 1.º Comité de salvación pública.
- 2.º — de seguridad general.
- 3.º — de hacienda.
- 4.º — de legislación.
- 5.º — de instrucción pública.
- 6.º — de agricultura y artes.
- 7.º — de comercio y abastecimientos.
- 8.º — de obras públicas.
- 9.º — de transporte por la posta.
- 10 — militar.
- 11 — de la marina y de las colonias.
- 12 — de socorros públicos.
- 13 — de división.
- 14 — de los procesos verbales y archivos.
- 15 — de las peticiones, correspondencia y despachos.

16 — de los inspectores del Palacio Nacional.

El comité de salvación pública se componía de doce individuos: conservaba la dirección de las operaciones militares y diplomáticas; estaba encargado de la leva y del equipo de los ejércitos, de la elección de los generales, de los planes de campaña, etc.; pero á esto se limitaban sus atribuciones. El comité de seguridad general, formado por diez y seis individuos, tenía la policía; el de hacienda, compuesto por cuarenta y ocho individuos, la inspección de las rentas, del tesoro, de la moneda, de los asignados, etc. Los comités podían reunirse para tratar de los asuntos que les concernían en común; de este modo, la autoridad absoluta del antiguo comité de salvación pública quedaba substituída por una infinidad de autoridades rivales, expuestas á entorpecerse y dificultar su marcha. Tal fué la nueva organización del gobierno.

Esperábanse al mismo tiempo otras reformas que no se juzgaban menos apremiantes. Los comités revolucionarios establecidos en las más pequeñas aldeas y encargados de proceder inquisitorialmente, eran la más vejatoria y aborrecida de las instituciones atribuídas al partido de Robespierre; y para que su acción fuera menos extensa y enojosa, redujose el número á uno solo por distrito. Sin embargo, debía haber uno en toda población de ocho mil almas, bien fuera ó no cabeza de distrito.

En París se redujo el número de cuarenta y ocho á doce. Estos comités debían constar de doce individuos: para toda orden de detención se necesitaba la firma de tres cuando menos, y de siete si era de prisión. A todas estas disposiciones, la Convención agregó otras no menos importantes, decidiendo que las asambleas de secciones no se reunirían sino una vez por década, en los días de ésta, y que los ciudadanos presentes dejarían de percibir cuarenta sueldos por sesión. Esto era estrechar la demagogia en límites menos extensos, haciendo escasear las asambleas populares y no pagando sobre todo á las clases bajas por su asistencia. Así se cortaba un abuso que había llegado á ser excesivo en París, pues se pagaba por sección á mil doscientos individuos presentes, mientras que sólo asistían trescientos. Los presentes contestaban por los ausentes, y prestábanse alternativamente este servicio. Así, pues, aquella milicia obrera tan afecta á Robespierre quedaba despedida y se la enviaba á sus trabajos.

El más importante acuerdo tomado por la Convención fué el que tuvo por objeto hacer una depuración entre los individuos que formaban todas las autoridades locales, comités revolucionarios, municipalidades, etc. Allí era donde se hallaban, según hemos dicho, los más ardientes revolucionarios; habían llegado á ser en cada localidad lo que Robespierre, Saint-Just y Couthón en París, usando de sus poderes con toda la brutalidad de autoridades inferiores. El decreto del gobierno revolucionario suspendiendo la Constitución hasta la paz, había prohibido las elecciones de toda especie á fin de evitar los disturbios y concentrar la autoridad en las mismas manos. La Convención, por razones del todo semejantes, ó sea para impedir las luchas entre jacobinos y aristócratas, mantuvo las disposiciones del decreto, confiando á los representantes en comisión el cuidado de depurar las administraciones en toda Francia. Este era el medio de asegurar para sí misma la elección y dirección de las autoridades locales, evitando el desbordamiento de las dos facciones. Por último, el tribunal revolucionario, recientemente suspendido, volvió á funcionar; los jueces y jurados no se habían nombrado fodos aún: pero los que ya se hallaban reunidos entraron en el desempeño de sus funciones acto continuo; para juzgar según las leyes existentes anteriores á la del 22 pradiar. Estas leyes eran aún más temibles; pero los hombres elegidos para aplicarlas y la docilidad con que la justicia extraordinaria sigue la dirección del gobierno que la instituye, era una garantía contra nuevas crueldades.

Todas estas reformas se efectuaron desde el 1.º al 15 fructidor (fin de agosto). Faltaba restablecer una institución importante, que era la libertad de la prensa; ninguna ley le trazaba límites; hasta se consagraba de una manera ilimitada en la declaración de los derechos; pero había sido proscrita resueltamente bajo el régimen del terror. Cuando una sola palabra imprudente podía comprometer la cabeza de los ciudadanos, ¿cómo se hubieran atrevido á escribir? La muerte del infeliz Camilo Desmoullins probó bastante el estado de la prensa en aquella época.

Durand-Maillane, ex constituyente y uno de esos hombres tímidos que se habían eclipsado completamente durante las borrascas de la Convención, pidió que la